

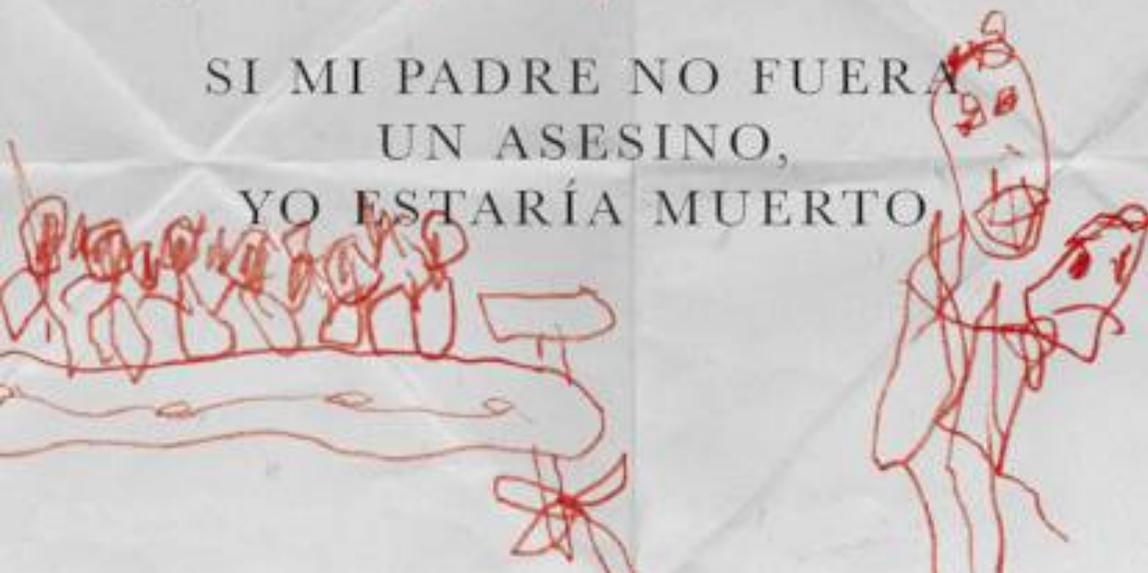


HAKAN GÜNDAY

*Traducción de Guillem Serrahima
Prólogo de Francesc Serés*

DAR

SI MI PADRE NO FUERA
UN ASESINO,
YO ESTARÍA MUERTO



¡DAHA!

SI MI PADRE
NO FUERA UN ASESINO
YO ESTARÍA MUERTO

HAKAN GÜNDAY

Traducción de Guillem Serrahima



Gazâ tiene nueve años, vive en la orilla del mar Egeo y ha empezado a ayudar en el negocio familiar: el tráfico de clandestinos. Su trabajo consiste en ocultar a los desesperados que intentan llegar a Europa a través de Grecia. Pero una noche todo cambia. Gazâ se verá obligado a sobrevivir por su cuenta, a empezar a usar lo aprendido de su padre.

¡Daha! Es una intensa, brutal, conmovedora epopeya en la que desaparecen las fronteras físicas y morales, donde se mezclan crueldad y esperanza, lucidez y dolor, en la poderosa e inolvidable voz de un niño.

¡Daha! Es una desgarradora exploración de una de las mayores tragedias humanas contemporáneas: la crisis de los refugiados.

PRÓLOGO

de Francesc Serés

Esto pasó en 1989. En años anteriores habían llegado varias oleadas de inmigrantes hasta Zaidín, atraídos por el trabajo en el campo. La zona producía melocotones y manzanas en abundancia y se necesitaba mano de obra que estuviera dispuesta a trabajar bajo el sol del verano. Ya hacía casi dos años que convivían entre nosotros, la mayor parte eran marroquíes y argelinos, pero también había algunos senegaleses y malienses. Yo trabajaba con ellos. En Zaidín todo el mundo trabajaba con ellos.

Los inmigrantes malvivían en las afueras del pueblo. Malvivían, mal comían, mal pasaban frío y mal sufrían todo tipo de privaciones lejos de sus familias, lejos de todo. Cerca de nosotros, lejos de nosotros. Hablo en pasado solo por situar el momento, hoy la escena se repite y es previsible que siga repitiéndose en los próximos años. De niño y de adolescente los veía siempre desde abajo, eran otro mundo, un mundo de adultos, diferente al mío por razones obvias. Los conocía, sabía sus nombres, su lugar de procedencia, su situación legal, cuánto tiempo hacía que habían cruzado el Mediterráneo... Podía saberlo todo, todo lo que no era realmente importante.

Hasta que llegó uno de esos días que quedan marcados en ese calendario perpetuo que dura mientras duramos nosotros. Algunos de los inmigrantes iban a comprar a la tienda de mi madre, que a menudo apenas conseguía compensar lo que vendía con lo que fiaba y no cobraba. Un día me dijo que ayudase a un chico argelino, con mi precario francés, a traducir unos papeles que llevaba. Recuerdo las pala-

bras de mi madre: «Ayúdale, que es más pequeño que tú». Yo cumplía los diecisiete ese año, y él aún no llegaba a los dieciséis. Supongo que mi madre le había preguntado qué edad tenía, al verlo entrar...

Mientras leía este libro, esos dos chicos no han dejado de aparecer en mi cabeza una y otra vez. Él, de quien ni siquiera recuerdo su cara, y yo, de quien seguramente he construido una imagen deformada. Hakan Günday sabe cómo lograr que el lector atraviese tiempos y espacios lejanos. Es lo que me ha pasado a mí. Günday dibuja el mapa de las distancias que acogen uno de los relatos más importantes de nuestro tiempo, el de la migración forzada que recorre las grietas de Oriente Medio y el Cuerno de África hasta llegar a Turquía. El resumen de los conflictos que asolan medio mundo, religiosos, económicos, culturales, demográficos e históricos. Eso es lo que consigue, a veces –esta vez–, la literatura.

Los espacios que se narran en este libro son enormes, y los primeros son espacios físicos, desde Afganistán hasta Alemania pasando por el Polo Norte, por la frontera que separa Rusia de Noruega. La extensión va de Oriente a Occidente, y en medio se halla la extensión de un país enorme que hace de barrera, de rótula, de membrana: Turquía, una Turquía que intenta recorrer distancias, que por momentos parece que quiere avanzar y por momentos está claro que reula. Günday se sitúa en las rutas que unen el norte y el sur, el este y el oeste, caminos que sabemos que son reales, caminos que han vivido los personajes que aparecen y que Gazâ, el protagonista del libro, recoge y narra.

Existen más espacios, por supuesto, los terrenos vastísimos que acogen la distancia entre ellos, los migrantes, y nosotros. Entre los migrantes clandestinos y los que con nuestro estatus convertimos en clandestinos. El azar del lugar de nacimiento es en ¡Daha! un elemento primordial que marca el destino de una manera injusta. Nacer en Siria, Somalia o Afganistán puede ser el inicio de una vida funesta, una reescritura de la tragedia clásica, de sus escenarios y de los argumentos morales que la constituyen. La distancia

política que nos separa no es una abstracción. Nos llega filtrada y enmarcada por la televisión, pero sus efectos y sus consecuencias son reales, palpables y continuados. Un día alguien llega a nuestra casa, hasta la casa de Gazâ. Las historias que se cuentan en *¡Daha!* tratan de esas consecuencias, tratan de los desplazamientos forzados y de la rutina de las noticias que nos han creado la costumbre: una Alepo en ruinas repetida mil veces se convierte en ficción.

Existe también la distancia cero, el movimiento inmóvil que explica el determinismo, la tragedia, en definitiva. Gazâ y su padre repiten los esquemas que los han transportado hasta la actualidad. A ellos, precisamente, que transportan hombres, mujeres y niños que huyen de países que no pueden huir de sí mismos. Trajinan carne, *ganado*, dicen. Ocurre, sin embargo, que incluso esa carne tiene la posibilidad de salir de su país de origen, algo que Gazâ y su padre son incapaces de hacer. Gazâ piensa en ello, pero también está atado, quizás más atado a su condición de traficante que la materia con la que trafica, al fin y al cabo, si alguna cosa son los hombres es voluntad, es decisión, es la libertad que Gazâ y su padre han ido perdiendo.

En el cruce de caminos que Günday describe, están todas las distancias que se puedan imaginar, viajes en los que se transporta droga, tal vez armas, todo lo que pueda vincularse al tráfico de personas. Es el cruce que marca también una parada no prevista, la distribución de los clandestinos, de los refugiados, si se les quiere llamar así. ¿Qué nombre les hemos puesto a los otros? ¿Cuáles son los nombres que les podemos poner en nuestros informativos y documentales? Sea cual sea el nombre, los que se puedan pagar el pasaje a Europa viajarán al lado de los que no podrán pasar de las fábricas textiles de Turquía o verán, al final del vagón, a las mujeres destinadas a la prostitución o a la muerte en el olvido más absoluto.

Existe, finalmente, el tramo que nos separa de Gazâ, que es el mismo que nos aleja de nosotros mismos. Günday consigue ponernos frente a un espejo y lo hace mediante la mirada de un niño que no vive las circunstancias de un ni-

ño, nos muestra a unos hombres que, como Gazâ, también están incompletos, que no han desarrollado un sentido moral consecuente. Los hombres se tiranizan a sí mismos y no alcanzarán nunca su condición completa porque también fueron niños que tuvieron que crecer de golpe.

Todos los trayectos entre el infierno de donde parten los clandestinos y el paraíso al que querrían llegar están llenos de otros posibles infiernos. La vida en los contenedores, en los escondites, en las fábricas es un falso chaleco salvavidas que algunos traficantes venden a los que quieren huir como sea. «La primera herramienta que utilizó el hombre fue otro hombre», reza una de las frases del libro, una de las sentencias que lo resumiría si no fuera porque aquí la primera herramienta del hombre es un niño, Gazâ.

Gazâ es un personaje en construcción, perseguido por la destrucción de los demás, del país que habita, por la familia que le acoge. «Si mi padre no hubiera sido un asesino, yo no habría nacido», nos dice al principio del libro. Gazâ lleva en su interior la historia que le ha creado, la que le ha visto crecer y la que hace de él el hombre que será. El fantasma del afgano que se le murió le persigue y es lo que nos hace mantener la esperanza de un futuro mejor. La moral, incluso en ese lodazal, aún no se ha perdido.

Existen lugares donde la diferencia entre el verdugo y la víctima es nítida. Suelen ser países privilegiados por la historia, épocas de paz y prosperidad, la excepción de las normas que nos rodean en el mundo y que nos han precedido en el tiempo. Existen otros lugares y otros momentos históricos donde la distinción no es tan clara. La Turquía de Günday muestra zonas que Europa describe pero que ya no es capaz de vivir. Europa compró a Turquía su tranquilidad con una frontera interpuesta. Creó una verdadera zona de confort, de hecho se podría decir que creó un nuevo concepto ético y geográfico, quizás una de las pocas acciones políticas dignas de tal nombre. Europa levantó una barrera simbólica cuando pagó a Erdoğan para que retuviese a quienes huían de las guerras de Siria e Iraq o, simplemente, a

los que ya no soportan una situación como la que se vive en Somalia, Yemen o Afganistán.

Recupero la distancia... Después del chico que vino a comprar a la tienda de mi madre, vinieron muchos otros. Era una cuestión de tiempo, yo cumplía años y cada vez me tropezaba con más. Me acostumbré a verlos, chicos más jóvenes que yo, chicos que me veían como a un hombre. Nos hicimos hombres juntos, aunque sea injusto expresarlo así. Crecimos en unas coordenadas que no eran las habituales, que nos situaban fuera de la corriente que la sociedad homologaba y compartía.

La vida de Gazâ es una historia de desplazamientos, un microcosmos que contiene en su interior los significados que desplegará el mundo. Si su padre no hubiera sido un asesino, Gazâ no tendría que conjurar el pecado original sobre el que se asienta su vida, la vida de Turquía, la de la contemporaneidad. La nuestra, en definitiva.

He conocido inmigrantes que han llegado en patera. Algunos me contaron que habían cruzado Mauritania, después habían pasado por Argelia cerca de Tinduf y, finalmente, habían atravesado todo Marruecos. Otros llegaron en furgonetas tapadas desde Bulgaria, es decir, desde Turquía. Los primeros ucranianos se tiraban años sin papeles, de un piso a otro, de una ciudad en otra.

En todos los casos, como en la historia de historias que narra Hakan Günday, había siempre un ejercicio de punto de vista. Éramos nosotros los que no sabíamos qué papeles teníamos que otorgarles. Y ese es el ejercicio necesario que hace Günday, describir la distancia que queremos mantener con el otro. Por eso es importante la historia que él nos cuenta: los hay que no pueden escoger.

Y ellos también deben poder contarlo.

Francesc Serés, enero de 2017

*A aquellos a los que en nombre de las naciones
la historia de los hombres
entierra vivos
en las calles*

*La seule chose insupportable,
C'est que rien ne soit insupportable.*

RIMBAUD-VERLAINE, AGNIESZKA HOLLAND

SFUMATO

Una de las cuatro técnicas de la pintura del Renacimiento. Consiste en volver los contornos invisibles combinando los tonos y los colores en una sombra difusa. Dicha técnica se utiliza sobre todo en los pasajes del claro al oscuro.

Si mi padre no hubiera sido un asesino, yo no habría nacido...

«Fue dos años antes de que tú nacieras... Había un barco, nunca lo olvidaré, se llamaba *Swing Köpo*... Era el barco de un sinvergüenza llamado Rahim... Cargamos la mercancía... Había, como mínimo, cuarenta personas. Uno de los hombres estaba enfermo. ¡Si hubieras visto cómo tosía! ¡Estaba en las últimas! Debía tener unos 70 años, quizá 80...».

Si mi padre no hubiera sido un asesino, yo tampoco lo habría sido...

«Le dije: "¿Qué buscas? ¿Quieres largarte? ¿Quieres emigrar? Aunque llegues a tu destino, no habrás avanzado nada. ¿Es para acabar muriendo por lo que soportas todo esto?". En fin... Rahim me dijo: "Ven con nosotros, a la vuelta te quiero comentar un par de cosas". En esa época no tenía trabajo, aún no había comprado el camión...».

Si mi padre no hubiera sido un asesino, mi madre no habría muerto cuando me trajo al mundo...

«De vez en cuando me ocupaba un poco de los clandestinos... Aprendía el oficio haciendo pequeños trabajos... "De acuerdo", le dije. Subí a bordo, el barco partió... Hubo una tormenta un poco antes de Quíos ¡El *Swing Köpo* naufragó! Sin entender lo que había pasado, nos encontramos a flote...».

Si mi padre no hubiera sido un asesino, yo nunca habría llegado a cumplir nueve años y nunca me habría sentado a su mesa.

«Aullaban esparcidos por todos lados... Era gente del desierto, ¡no sabían nadar! Desaparecían uno tras otro. ¡Se hundían como piedras! Se ahogaban... De repente vi a Rahim con la cara ensangrentada. Se había dado un golpe en la cabeza contra algo. Las olas eran como muros. ¡Los hombres subían y bajaban! De repente, Rahim desapareció...».

Si mi padre no hubiera sido un asesino, yo nunca habría sabido que lo era...

«El tipo enfermo... Aquel que estaba en las últimas había encontrado un chaleco salvavidas, y se aferraba a él. No sé muy bien cómo, conseguí llegar hasta él. Me hice con el salvavidas, se lo quité de las manos... me miró... estiró los brazos... le empujé... le cogí por el cuello... finalmente una ola se lo llevó...».

Mi padre era un asesino, eso es todo...

Esa noche, me contó tranquilamente su historia. Las palabras surgían de entre sus labios entrecortadas por silencios. Por eso se han quedado clavadas, atornilladas en mi memoria. Van y vienen en mi cabeza. O por lo menos, lo que ha quedado de ella... Ahora me digo que si él no hubiera sido un asesino, tampoco habría sido mi padre, ya que solo un asesino podía ser mi padre. El tiempo lo ha demostrado...

Nunca más me ha hablado de su asesinato. No fue necesario. ¿Cuántas veces podemos confesar el mismo pecado a la misma persona? Con una vez basta. Después de eso, no tienes más que abandonar tranquilamente la mesa e irte a dormir. ¡Intenta entonces cerrar los ojos!

Me pregunto qué me ha llevado a pensar en aquella noche, y por qué me lo contó. ¿Me lo contó a mí o se lo contó a sí mismo? Era quizá la única lección que fue capaz de dar a su hijo de 9 años. Era todo lo que me podía enseñar: «¡Salva tu vida!». Recuerdo que aprendí otra lección: «Pero no le cuentes a nadie cómo lo hicis-

te...». Yo me repetía entre lágrimas: «No hay que contar a nadie que si él sigue respirando es porque robó una vida». Yo solo tenía 9 años. Todo aquello me sobrepasaba... ¿Puede alguien agarrarse a la vida solo para poder contar cómo ha sobrevivido? Recuerdo haber imaginado varias veces a mi padre cogiendo por el cuello a aquel hombre viejo y empujándolo. Entonces me decía que él también tenía una nuez en la garganta. Y me preguntaba si mi padre había sostenido entre sus manos esa excrecencia... ¿Es posible que la nuez de aquel hombre hubiera dejado una marca en la mano de mi padre? ¿La sentía yo cuando me acariciaba la mejilla? Recuerdo que terminé por dormirme. Cuando me desperté... me había preparado el desayuno, recuerdo la bofetada y la orden que me dio.

Una tostada...

«¿Qué has aprendido de lo que te conté ayer?

–O morías tú o moría aquel hombre...».

Dos lonchas de queso...

«Bien... a ver... ¿tú que hubieras hecho en mi lugar?

–Quizá el salvavidas habría servido para los dos...»

La bofetada...

«¡Venga, no me mires así! Sécate los ojos...

–Sí, papá».

Un huevo...

«Sin mí no estarías aquí, ¿lo entiendes?

–Sí, papá».

Tres aceitunas...

«Está bien... ¡No lo olvides nunca! Ahora dime, ¿qué hubieras hecho en mi lugar?

–Habría hecho como tú, papá».

Un poco de mantequilla...

«Todo lo que he hecho en esta vida, lo he hecho por ti.

–Gracias, papá».

La orden...

«Puesto que has entendido que este trabajo es una forma de luchar para vivir, vas a venir conmigo.

–De acuerdo, papá».

Mi padre necesitaba un socio que estuviera ligado a él por su carne, sus huesos y su médula. Quería asociarse a su hijo para no tener que compartir las ganancias con un extraño.

«Vamos», dijo al salir.

Fue así como aquel año, recién salido de la escuela, me convertí en traficante de clandestinos. A los 9 años... Esto no cambiaba mucho las cosas. Ya era hijo de un traficante...

Ahora me digo que él debía estar borracho cuando me contó aquella historia. Cuando se dio cuenta, ya era demasiado tarde... Es posible que mi padre fuera un retorcido. Quizá la culpa fue de su padre. La cual, a su vez, fue culpa de su padre... Y la suya de su padre... Al fin y al cabo, no somos sino hijos de supervivientes, de aquellos que salieron indemnes de las guerras, de los terremotos, de las grandes sequías, de las masacres, de los chivatazos, de aquellos que arrancaron a los otros los chalecos salvavidas... De aquellos que han sido capaces de sobrevivir... Si hoy estamos aquí es porque uno de nuestros ancestros dijo: «Es él o yo». Quizá no haya nada malo en todo esto. Creemos que es feo pensar así, pero quizá sea de lo más natural... Quizá no hay nada feo en la naturaleza... Y tampoco nada bonito... Un arcoíris no es más que un arcoíris y ningún libro de ciencias naturales le atribuye poder alguno. A fin de cuentas le debo la vida a dos muertes: una por el deseo de vivir, la otra por el deseo de procrear... La primera debido a mi padre, la segunda debido a mi madre... Es así como llegué al mundo... ¿Podía escoger? Probablemente... Pero cómo saberlo, quizá sea así como funciona la vida, quizá está escrito en alguna parte: